

Chang-Rodríguez, Eugenio: *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui*. Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1983.

La obra del lingüista y crítico literario Eugenio Chang-Rodríguez se ha planteado, desde sus inicios, como una meditación sobre la cultura y la literatura de América Latina. Por ello resulta natural la temprana atención que dedicó a José Carlos Mariátegui. Así lo prueba su ensayo "La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre", que data de 1957. Pero la riqueza del pensamiento del Amauta requería un acercamiento específico y detallado: el libro que nos corresponde reseñar es el espacio donde se produce tal aproximación.

La tesis de Chang-Rodríguez, expuesta claramente en el prólogo, es que existen ciertas constantes en la producción de Mariátegui que son claves para comprender cabalmente su concepción ideológica. No considera adecuado, por lo tanto, establecer una diferenciación tajante entre una etapa de madurez y otra de juventud, a las que separa el viaje a Europa. Se trata de un sólo proceso de maduración. El trabajo busca determinar esas claves y, a partir de ellas, reevaluar la figura de Mariátegui.

El trabajo de Chang-Rodríguez consta de ocho capítulos. El primero constituye una apretada síntesis de la vida de Mariátegui. No contiene ninguna novedad al respecto y por tanto no nos interesa comentarlo.

El segundo capítulo, dedicado a la "Literatura de la Edad de piedra", es, sin duda, uno de los aportes mayores al conocimiento de esa fase poco explorada. Comienza Chang-Rodríguez enumerando las pocas contribuciones hechas al estudio de la actividad periodística de Mariátegui: los ensayos de Rouillón, Carnero Checa, Gargurevich, y Elizabeth Garrels así como el libro de Edmundo Cornejo Ubillús, *Páginas literarias de José Carlos Mariátegui*, un texto pionero que fue publicado el año 1955 y que, justiciaramente, Chang-Rodríguez rescata del olvido. También el descuido ha signado la divulgación de los escritos de la llamada "Edad de piedra" (1894-1919), actitud que se explicaría por lo mucho que ha pesado en el ánimo de los herederos y estudiosos de Mariátegui, el menosprecio con que éste trató dicho lapso de su creación.

Chang-Rodríguez señala el grado de influjo que tuvieron sobre el joven perio-

distas las atractivas personalidades de González Prada y Valdelomar. Del primero, aprendió a valorar las ideas acrásticas, a rechazar el academismo, a buscar los componentes esenciales de la literatura peruana y a observar el indigenismo bajo la óptica económica y social. Del segundo, destaca la amistad que le dispensó y las vinculaciones literarias. Como se ve, ha sido la primera de las influencias la más importante y definitoria de rasgos perdurables.

La productividad del Amauta entre 1911 y 1919 comprende varios géneros literarios: la poesía, el cuento, el drama, la crítica de arte y literatura, la crónica. Pero existen muchos artículos de carácter político y social y son ellos los que se mantienen como constante en su producción mientras que, conforme lo demuestra el útil cuadro de publicaciones que Chang-Rodríguez ha computado (p. 45), los intentos de creación estéticas que inició en 1914, empiezan a ser dejados de lado prontamente (1917). El prolijo asedio de Chang-Rodríguez muestra que la literatura de Mariátegui se halla fuertemente marcada por el Modernismo. Predominan elementos sensuales, la abulia, la melancolía, el "spleen", la fascinación por el mundo aristocrático y por la belleza femenina, el misticismo latente y la exaltación heroica. Se trata de un momento de búsqueda y, como tal, es desordenado, disperso, contradictorio; demasiado inquieto como para lograr textos de calidad. A pesar de todo hay aciertos, sobre todo en el terreno de la crítica literaria, donde, pese a su escasa formación y a la ausencia de una metodología clara, intuye ideas que habían sido trabajadas de manera sistemática por el lingüista suizo Charles Bally, quien, partiendo de Saussure, remarcó la importancia de los sentimientos y voliciones en la elaboración de la lengua literaria y coloquial.

El tercer capítulo, "Religión y revolución", es a nuestro juicio extremadamente polémico y discutible. Chang-Rodríguez encara el tema con su acostumbrada solvencia pero falla en dos puntos cruciales: en primer lugar maneja un concepto de religión muy elástico, en el que puede caber cualquier creencia basada en la fe, de ahí que la operación que intenta, la de hacer de Mariátegui un precursor de la teología de la liberación, sea inaceptable. El concepto religioso de Mariátegui sigue la orientación de Frazer: la religión es consecuencia de la evolución de la magia; para los cristianos,

como Gustavo Gutiérrez, es revelación divina. Mariátegui asumió el enfoque del materialismo dialéctico. Consideraba, siguiendo a Marx, que son las necesidades económicas e intereses de clase los que se enmascaran en principios filosóficos y religiosos; en suma, se trata de ideología, es decir, instancia mutable y contingente. Para el cristianismo, incluidos los teólogos de la liberación, es instancia suprema e inmutable en los aspectos axiales (dogmas). Si seguimos la argumentación de Chang-Rodríguez, cabría preguntarnos lo siguiente: ¿la religiosidad que Mariátegui pretendió insuflar al marxismo no sería, quizá, un intento de construir dogmas al interior de esa corriente de pensamiento?, y ¿cómo se compatibiliza ese afán con la lucidez, alejada de todo dogmatismo, con que asumió ese credo?

En lo que atañe al mito, éste es concebido, siguiendo a Sorel, como un agente que ayuda a dirigir la acción al apoyarse en los elementos irracionales e inconscientes que subyacen en el hombre. No remite a una creencia inmutable, puesto que el mito de la revolución que ha reemplazado a los mitos religiosos, a su vez será reemplazado una vez alcanzada la meta.

El segundo error consiste en no diferenciar entre la religión como confesión libre y maduramente asumida y la religión como propensión espiritual. Esta última sí queda demostrada por Chang-Rodríguez y dentro de ese marco se han de entender una serie de manifestaciones de Mariátegui.

El cuarto capítulo, "La superación del anarquismo", examina los aportes de González Prada (aversión al academismo, simpatía por la juventud, el proletariado y el campesinado, dimensión ética de la política) y los de Georges Sorel (formación de la conciencia jurídica del proletariado, importancia del mito). Concluye que todo este bagaje a la par que el marxismo ortodoxo, han hecho de Mariátegui un pensador original y como tal, reclamado por muchos grupos. Su gran aporte fue redefinir la ideología marxista a partir del mito, la fe y los aspectos morales que la creencia comporta.

En el quinto capítulo se cotejan los puntos de vista de Mariátegui con el de otros importantes intelectuales respecto al problema de establecer los márgenes de una verdadera literatura peruana. Alejándose de posturas extremas, como la de More, quien preconizaba un retorno a lo

indígena y reemplazar el castellano por el quechua; de apreciaciones reaccionarias, como la de Riva Agüero, en cuyo concepto nuestra literatura únicamente podía ser de raigambre hispánica, despreciando lo indio por exótico y relegando lo popular por no adecuarse a los patrones culturales que suscribía. No compartió tampoco el punto de vista de Luis Alberto Sánchez, para quien la literatura nacional lo sería siempre y cuando expresara todos los elementos que componen el Perú. Otro era su camino: niega la unidad de la literatura de nuestro país al cuestionar la unidad de la propia nación. El Perú es un país pluricultural, inorgánico y contradictorio. Su literatura ha de reflejar esas características. Lo que cabe es reconocer la coexistencia de diferentes sistemas literarios.

Uno de los grandes debates en la historia de las ideas en el Perú es el que se originó ante el llamado "problema del indio" Mariátegui, tal como lo expone el sexto capítulo, consideraba que se trataba de un problema económico más que racial. Derivaba de la tenencia de la tierra y la perduración de estructuras feudales. Superó la falsa dicotomía entre Costa criolla y Sierra indígena pues la naturaleza del Perú no es bímembre sino multiforme. No ignora la importancia de lo racial pero lo subordina a las causas materiales.

El capítulo séptimo es en gran medida una recapitulación de las ideas estéticas de Mariátegui y su desarrollo. Ya en su "Edad de piedra" había tratado de vincular la obra de arte con la vida del autor y el medio. Su aproximación era ecléctica, ese era el tipo de enfoque que predominaba, y que se mantiene hoy de algún modo, en América Latina. A partir de su conversión al marxismo, aceptó el monismo de unicidad entre la literatura y el resto de quehaceres humanos. Concebía al arte como superestructura condicionada por la lucha de clases. Mariátegui sería el fundador del "eclectomarxismo", un tipo de enfoque que toma lo mejor del marxismo y de otras disciplinas.

Finalmente, el último capítulo es una importante bibliografía en la que se consiguen crónicas, artículos, poemas, cuentos y piezas teatrales de Mariátegui, así como antologías, selecciones y estudios sobre su obra.

Por todo lo expuesto se trata de un libro ambicioso y meditado. Un intento de evaluación de conjunto que sin duda ha requerido una gran energía intelectual y

que, pese a no poder evitar siempre los errores ni saber sortear en todas las ocasiones los peligros del subjetivismo, debe de ser considerado un empeño serio del profesor Chang-Rodríguez para ofrecer una interpretación global del pensamiento mariateguista.

Sergio Ramírez Franco
Universidad de San Marcos

Varios: *Violencia, marginalidad y perspectiva histórica en la narrativa peruana (1975-1986)*, in: *Tigre 3, Centre d'Etudes et de Recherchers Péruviennes et Andines (C.E.R.P.A.). Grenoble, Section d'Etudes Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Grenoble III, Décembre 1986.*

Dirigido por el crítico francés Roland Forgues y secundado por el poeta peruano Hildebrando Pérez, el CERPA, o Centro de Estudios e Investigaciones Peruanas y Andinas, intenta con este volumen

dar a conocer, aun cuando de manera incompleta, las excelencias, las virtudes, los desafíos, y la prodigiosa aventura de una narrativa que ha sabido ser historia, testimonio, crónica, fantasía, en fin: palabra viva de todo un pueblo que lucha cotidianamente por hacer suyo el pan y la belleza (Prólogo,p.5),

sumándose de esta manera a las búsquedas (y, a veces, a costo de desencuentros) peruanistas de estudiosos no latinoamericanos, a quienes debemos ya considerables aportes críticos sobre nuestra literatura. Hay que resaltar, en el contexto de los últimos años, las figuras de Roberto Paoli y James Higgins, de Martín Lienhard y Jean-Paul Borel, del mismo Forgues y del bibliógrafo norteamericano David William Foster. En lo que va de la presente década, es insoslayable la importancia que para el análisis del proceso literario peruano contemporáneo, procuran libros como *Cultura popular andina y forma novelesca: zorros y danzantes en la última novela de Arguedas* (1981), *Peruvian Literature: A Bibliography of Secondary Sources* (1981), *The Poet in Peru: Alienation and the Quest for a superreality* (1982), *Estudios sobre literatura peruana contemporánea* (1985) de

Lienhard, Foster, Higgins y Paoli, respectivamente, sin apuntar los trabajos de críticos que atienden, aisladamente, las obras de algunas individualidades de primer orden: Vallejo, Arguedas, Vargas Llosa, Belli -en ese orden de preferencias.

El presente volumen está constituido por un "Prólogo", que firman Forgues y Pérez, un "Conversatorio", la sección "Ficción", que incluye tres cuentos y cinco fragmentos de novela, la sección "Ensayos", constituida por dos notas críticas sobre igual número de novelas peruanas, las secciones "Punto de vista" y "Notas y Comentarios", integradas por reseñas a novelas y libros de cuentos del período 1975-1986, y una "Bibliografía" de lo publicado en creación y crítica durante el lapso mencionado.

Pese a la advertencia inicial que hemos transcrito, el volumen tiene fallas que pudieron ser fácilmente salvables, y buena muestra de ello es el Conversatorio sostenido entre Forgues, Edgardo Rivera Martínez y Cronwell Jara. Articulado por la espontaneidad coloquial, sin una línea vertebradora medular, cada uno de los tres habla convenientemente de aspectos aditivos al proceso, pero sin tocar lo esencial que marca a la narrativa entre 1975 y 1986. Inmersos en la generalidad sociológica, casi metafísica, muchas interrogantes quedan en el magma de la intuición que no define y precisa sus postulaciones: "... es una narrativa que más que determinar caminos abre perspectivas nuevas para el futuro del hombre del Perú, de América Latina y del mundo" (pp. 25-26). Bien, pero ¿cuáles son esas perspectivas? ¿de qué causas nacen y qué elementos las posibilitan? Dadas las condiciones actuales del proceso, y de la reflexión existente sobre el mismo, esas interrogantes han engendrado, hace mucho ya, otras más específicas: ¿qué pasa (y qué puede pasar) con la narrativa peruana después de 1950, después de Vargas Llosa y del Grupo Narración? Resulta curioso que a lo largo de todo el Conversatorio, no se cite para nada a Arguedas, más todavía cuando los dos narradores que dialogan están en mayor o menor medida marcados por su influencia y cuando el tercero de los dialogantes, Forgues, ha dedicado un voluminoso libro al estudio de su obra.

Precisamente en esa obra, que brilla fulgurantemente por ausencia, se encuentra una respuesta a alguna de las interrogantes. Y es que Arguedas no sólo legó a las generaciones presentes una di-